

## 4. El Coloso del Norte

El panorama político de los Estados Unidos en 1845 era radicalmente distinto a lo que Walker había visto en Europa.

Las trece colonias inglesas que en 1776 habían iniciado el experimento de un gobierno republicano en la costa atlántica del continente, al aproximarse a los setenta años de vida independiente continuaban la expansión hacia el oeste que las caracterizó desde un principio. A los territorios recibidos de Gran Bretaña habían agregado la vasta extensión de la Luisiana francesa, comprada a Napoleón en 1803, y enseguida la Florida, adquirida de España en dos tantos.

Su población de dos y medio millones de habitantes en 1776, se había multiplicado a veinte millones para 1845. La inmigración europea ese año pasó de cien mil, y en la siguiente década alcanzaría cifras arriba de medio millón anuales. El gobierno vendía las inagotables tierras vírgenes a \$1,25 el acre, al crédito, a quienes desearan trabajarlas.

La producción agrícola y las actividades comerciales ascendían sin cesar mientras la incipiente revolución industrial sentaba las bases para el futuro. Millares de millas de líneas ferroviarias seguían alargándose, tupiendo las redes entre las ciudades. Más y más vapores surcaban los ríos y los canales artificiales. El tonelaje de la marina mercante se acrecentó diez veces en menos de 30 años. El telégrafo comenzó a transmitir el pensamiento a la velocidad de la luz.

El arado de vertedera, las cosechadoras McCormick, el

uso de la anestesia en cirugía, la máquina de coser, el telar mecánico, la hielera, la cocina de hierro, los revólveres Colt y las miles de herramientas que facilitaban toda clase de labores, revolucionaron la faz del país a la vez que se forjaba el típico pionero individualista norteamericano --producto de la interacción de la herencia y el medio ambiente, ambos variados y complejos.

Sin embargo, el horizonte continental entero --la sensación de amplitud, la invitación a la movilidad, la atmósfera de independencia, los estímulos para la gente emprendedora y optimista, produjeron un norteamericano homogéneo. Su retrato lo brinda Henry Steele Commager en *The American Mind* (La Mente Americana):<sup>1</sup>

El norteamericano era un optimista incurable; para él, el progreso no era una idea filosófica sino una experiencia cotidiana. Ninguna nación en la historia había tenido el éxito de su "América", y todos los "americanos" lo sabían. En ninguna otra parte del mundo había sido la naturaleza a la vez tan rica y pródiga, y sus riquezas estaban al alcance de todo aquél que se esforzara en conseguirlas y tuviera la suerte de ser blanco.

El norteamericano vivía en el futuro, preocupándose poco por lo que el día de hoy traería pero mucho por los sueños --y ganancias-- del mañana. Junto con su optimismo albergaba una sensación de poder y vastas reservas de energía, mientras que su imaginación vagaba por todo un continente, receptiva a los grandes planes y heroicas especulaciones.

El norteamericano predicaba el evangelio del trabajo arduo, daba por sentada la comodidad y consideraba inferiores a quienes no alcanzaban su nivel de vida. Había obtenido un bienestar general superior al de cualquiera otra parte del mundo. Se había acostumbrado a la prosperidad, le molestaba todo lo que interfiriera con ella y veía su ausencia

---

<sup>1</sup>Henry Steele Commager, *The American Mind*, (New Haven: Yale University Press, 1950), p. 3.

prolongada como un ultraje a la naturaleza. Automáticamente miraba como bueno todo lo que prometiera un aumento de riqueza.

El norteamericano era intensamente práctico en casi todos los campos, mas no en todos. Era incesantemente ingenioso y fértil en recursos, siempre listo a improvisar nuevas herramientas y técnicas para resolver nuevos problemas --nunca más feliz que cuando les encontraba soluciones mecánicas. Fue de los primeros en concederle a la tecnología su lugar en la educación superior. Al norteamericano le fastidiaban las teorías y especulaciones, y rehuía las filosofías abstrusas de gobierno y conducta al igual que una persona sana evita tomar medicinas.

El norteamericano era un utilitario incurable. Era más bien creyente que devoto. La santidad no era la cualidad más conspicua de sus líderes religiosos, y obstinadamente oponía su fe en la salvación por sus obras a la doctrina de la salvación por la gracia. También desconflaba profundamente de lo abstracto y doctrinario en política. Sus partidos políticos eran organizaciones pragmáticas a las que podía engancharle principios misceláneos, y no principios sobre los cuales habría que construir organizaciones.

Plenamente dedicado a su vida en el Nuevo Mundo y extasiado con sus riquezas y recompensas, el norteamericano albergaba la convicción incuestionable y ciega de que su patria era el mejor país del globo. Para el norteamericano, su tierra inculta era de hecho suficiente paraíso. Para él, la superioridad moral de su patria era igualmente axiomatica. Esta actitud de superioridad iba acompañada de la idea de destino y misión, y generaciones sucesivas rivalizaron en el anhelo con que se empeñaban en difundir el ideario "americano" por el mundo.

Su actitud hacia la cultura era a la vez recelosa e indulgente. Por lo general, exigía que la cultura sirviera para algo útil. La educación era para él una religión, y a ella le pagó el tributo de su dinero y afecto; esperaba que la educación preparara para la vida --con lo cual quería decir, cada vez más empleos y profesiones.

Ese norteamericano descrito por Commager, forjó al Coloso del Norte, donde el progreso explotó exuberante en todas direcciones. La fundación de la Academia Naval en Annapolis en 1845, las primeras reglas del beisbol, la Institución Smithsonian, la Brook Farm y demás experimentos socialistas bajo las normas de Fourier, los mormones de Brigham Young, las innumerables ligas antialcohólicas, las organizaciones y convenciones en defensa de los derechos de la mujer, más de cincuenta sociedades antiesclavistas, el periódico *Liberator* de William Lloyd Garrison, con su lema "nuestra patria es el mundo--nuestros compatriotas son la humanidad", las 36.000 iglesias censadas en el Sexto Censo Nacional de 1850, los 78 millones de ejemplares de revistas literarias, 5 millones de ejemplares de revistas científicas y 30 millones de ejemplares de publicaciones religiosas cada año, pintan un cuadro caleidoscópico de progreso que no se puede valorar en dólares y centavos.

La triste situación de los dos grandes grupos minoritarios del país --los indios y los negros, tampoco se puede medir en cifras.

El indio norteamericano permanecía aislado de la civilización anglosajona en 1845. Los pobladores ingleses del siglo XVII establecieron sus comunidades separadas de los 250.000 aborígenes que residían al este del Mississippi, cuya densidad de población no llegaba a un habitante por cada diez kilómetros cuadrados de territorio y cuyas costumbres primitivas, heredadas de sus antepasados, los ponían en gran desventaja en sus relaciones con el hombre blanco.

Al expandirse, los enclaves europeos desplazaban a los indios, a veces por medio de convenios formales, pero también a menudo por la fuerza. Sirva de ejemplo el decreto del 28 de mayo de 1830, que en menos de diez años acabó de expulsar a las tribus indígenas de Georgia y otros Estados vecinos --aproximadamente cien mil seres humanos-- y los trasladó a las soledades de Oklahoma en la antigua Luisiana, al oeste del Mississippi. En ese sendero de lágrimas, los bravos que opusieron resistencia cayeron asesinados; otros perecieron, víctimas de epidemias y los sobrevivientes sufrieron innume-

rables penalidades, frecuentemente agravadas por las injusticias de los agentes federales.

Pero aun los sufrimientos de los pieles rojas en 1845 palidecen ante la atroz suerte de los tres millones de negros en los Estados Unidos, casi todos ellos esclavos desde antes de nacer, sin derechos civiles, sin educación y sin derecho al respeto de sus lazos familiares.

Cuando las trece colonias inglesas declararon su independencia en 1776, la esclavitud africana era una institución legal no sólo en todo el continente americano sino también en todo el mundo, y la trata de esclavos que los africanos mismos comenzaron y los europeos del siglo XVI introdujeron en América, era un negocio floreciente y lucrativo.

Los primeros negros norteamericanos fueron introducidos, en Virginia, en 1619; su número sumaba ya 700.000 cuando los trece Estados originales de la Unión prohibieron la trata de esclavos a raíz de la independencia, poniendo así fin a la importación de africanos. Massachusetts, Pennsylvania y los demás Estados norteamericanos, donde la esclavitud no era rentable y había pocos negros, inmediatamente abollaron la servidumbre forzosa. En los Estados sureños se permitió que continuara, pues la cantidad de negros (658.000) era grande y su liberación masiva habría sido catastrófica para el orden socio-económico existente.

La desmotadora de algodón --un cilindro de madera rodeado de hileras de finas púas aptas para quitarle la semilla a la fibra corta del algodón de tierra alta-- inventada por Eli Whitney en 1793, aceleró el proceso del desmote, de seis libras diario a mil. Ello generó una gran demanda para la variedad de fibra corta y abrió extensas zonas del interior a su cultivo, consolidando así a la esclavitud como elemento integral indispensable en la sociedad sureña.

La producción de algodón se multiplicó cien veces en la última década del siglo XVIII. Las exportaciones subieron de 1.890 quintales en 1791 a 210.000 quintales en 1801, y luego se duplicaron de nuevo en menos de tres años. El "Rey Algodón" reinó supremo en el Sur, irremisiblemente encadenando con mayor fuerza a los esclavos. Mientras inicialmente

los caballeros sureños deploraban su *institución peculiar* como un mal inevitable, con el paso del tiempo y el desarrollo del algodón, la esclavitud llegó a ser tan indispensable que ya muchos no la veían mala.

El crecimiento nacional se desequilibró. Los Estados libres tenían dos millones de habitantes (1,9 millones blancos) en 1790; los Estados esclavistas también tenían dos millones (1,3 millones blancos). Para 1820 el Norte había aumentado a 5,2 millones (5 millones blancos) y el Sur a 4,5 millones (2,8 millones blancos). Treinta años más tarde, el Norte saltaba a 13,4 millones (13,2 millones blancos) mientras el Sur llegaba apenas a 9,6 millones (6,2 millones blancos). La diferencia se debió en gran parte a que los inmigrantes europeos abrumadoramente preferían radicarse en los Estados libres.

La producción agrícola, que al comienzo era mayor en el Sur, para 1840 se había revertido: 285 a 279 millones de dólares en favor del Norte, y diez años después la diferencia era ya de \$859 millones en los Estados libres contra \$631 en los esclavistas. Ello, a pesar de la mayor extensión de las fincas sureñas: 180 millones de acres contra solamente 108 millones en el Norte. Mientras las fincas norteñas ocupaban 2,5 millones de brazos, las sureñas requerían 3,7 millones, incluyendo 2,5 millones de esclavos --que producían \$7,94 contra \$3,49 por acre y \$342 contra \$171 por trabajador, ambas estadísticas en favor del Norte.

La expansión industrial abrió una brecha aún mayor. En 1820, la producción industrial de los Estados libres ascendió a \$32 millones; en los Estados esclavistas, a \$20 millones. En 1840, las cifras fueron \$375 y \$106 millones respectivamente. En 1850 la producción industrial del Norte subió a \$843 millones y la del Sur se quedó en \$165 millones.

El censo de 1850 abunda en cifras que revelan enormes diferencias en prácticamente todos los campos. Las estadísticas de comercio interno muestran \$1,4 millones para el Norte y \$0,4 millones para el Sur. El tonelaje registrado de navegación costera, lacustre y fluvial, 1,5 y 0,5 millones de toneladas; marina mercante, 1,33 y 0,25 millones de toneladas; vías férreas, 13.105 y 4.212 millas, todas estas cifras en favor

de los Estados libres.

Ese año, 47.752 alumnos se matricularon en 61 universidades en el Norte; 19.648 alumnos se matricularon en 59 universidades en el Sur. En el Norte, 2.769.201 niños estudiaron en 62.433 escuelas públicas; en el Sur, la cifra fue de 581.861 niños en 18.507 escuelas. En los Estados libres, 15.000 bibliotecas tenían cuatro millones de volúmenes; en los Estados esclavistas, 700 bibliotecas tenían 650.000. En los nortehños, 1,790 periódicos y revistas publicaron 334 millones de ejemplares en 1850; en los sureños, 784 sacaron 81 millones.

Casi la única estadística que favoreció al Sur ese año fue la de las exportaciones (\$81,1 a \$70,7 millones), naturalmente debido al algodón, cuya expansión había alterado totalmente la forma de vestir en el mundo occidental, desplazando a la lana y demás fibras, llegando eventualmente a generar dos tercios de las exportaciones norteamericanas.

La producción de algodón había continuado ascendiendo y sentando nuevos récords, saltando a 16 millones de quintales en 1820 y luego a 32, 70, 100 y 230 millones de quintales anuales en cada una de las siguientes décadas. En 1850, cuando todavía no existían tractores, más de la mitad de los esclavos sureños laboraban en los algodones. La siembra del algodón, que había comenzado en Georgia y South Carolina, tras atravesar Alabama y Mississippi había penetrado en la antigua Luisiana francesa para enseguida extenderse sobre las llanuras tejanas. El algodón fue dejando atrás miles y miles de hectáreas de suelos agotados por las ruinosas prácticas agrícolas de la época. Teniendo a mano tierras vírgenes aparentemente inagotables, no había interés en aplicar métodos científicos para la conservación del suelo; y a medida que las plantaciones de Georgia y Carolina una tras otra dejaban de producir, las inmensas praderas deshabitadas de Texas atraían a los finqueros sureños con sus esclavos.

Ese impulso expansionista de los intereses algodoneeros sureños y, claro está, la creciente preponderancia demográfica y económica de los Estados libres, necesariamente rompieron

el equilibrio político, originando reajustes sucesivos en un esfuerzo por mantener el precario balance de poder entre el Norte y el Sur. El primer reajuste político importante ocurrió en 1819-20 cuando Missouri, que pertenecía a la Luisiana, solicitó su admisión como Estado de la Unión. La constitución adoptada por Missouri, bajo la influencia de los finqueros sureños dentro de sus fronteras, permitía la esclavitud.

La Unión entonces contaba con 22 Estados, la mitad de ellos libres y la otra mitad esclavistas, dándole a cada bando 22 senadores en Washington, dos por cada Estado. Los once Estados nortehños o libres, situados entre los 37° y 47° de latitud norte, eran Connecticut, Illinois, Indiana, Massachusetts, New Hampshire, New Jersey, New York, Ohio, Pennsylvania, Rhode Island y Vermont. Los once Estados esclavistas sureños, situados entre los 29° y 40°, eran Alabama, Delaware, Georgia, Kentucky, Louisiana, Maryland, Mississippi, North Carolina, South Carolina, Tennessee y Virginia.

La posición de Missouri, entre los 36°30' y 40°, era intermedia, y los nortehños inicialmente rehusaron admitir al nuevo miembro del bloque esclavista. Las tensiones en juego de los intereses creados de ambos bandos condujeron a que el Congreso en Washington aprobara el "Pacto de Missouri" en 1820, por el cual se pareó la admisión del nuevo Estado esclavista con un nuevo Estado libre, Maine, segregado de Massachusetts. Además, se prohibió la esclavitud en los territorios bajo control federal al norte del paralelo 36°30'. El pacto produjo un intervalo de relativa coexistencia pacífica durante el cual se admitieron dos Estados esclavistas adicionales, Arkansas (1836) y Florida (1845), pareándolos con los Estados libres de Michigan (1837) y Iowa (1846).

En 1845, el Territorio de Oklahoma era la única comarca federal debajo del paralelo 36°30' disponible para formar Estados esclavistas. Arriba de dicho paralelo, por el contrario, las vastas regiones que luego formarían Wisconsin, Minnesota, Kansas, Colorado, Nebraska, Wyoming, North Dakota, South Dakota y Montana, además del todavía impreciso territorio de Oregon entonces en litigio entre Estados Unidos y Gran

Bretaña, eran todos Estados libres en potencia que eventualmente otorgarían al Norte una supremacía abrumadora en ambas cámaras en Washington.

Bajo esas circunstancias, la República de Texas, recién segregada de México, solicitó ser admitida en la Unión como Estado esclavista, exacerbando de nuevo las tensiones entre el Norte y el Sur. Antes de abordar la cuestión de Texas, sin embargo, debemos echar una mirada a los vecinos al sur del Río Bravo, de quienes Texas había sido parte.